

La economía cubana: balance breve de una década crítica

Julio Carranza Valdés

Economista. Profesor Adjunto de la Universidad de La Habana.

Para la economía cubana, la última década del siglo XX ha sido en extremo compleja y difícil. Si hubiera que expresar en dos conceptos la esencia de estos diez años, sin dudas estos serían *crisis y cambio*.

El gran desafío ha sido, es, comprender la complejidad de la crisis y, en consecuencia, imaginar y establecer los cambios necesarios para superarla estratégicamente y rearticular la viabilidad de la economía socialista cubana en un contexto internacional en extremo difícil y en gran medida hostil.

Una situación como esta, en esta época, no ha sido exclusiva para Cuba. La inmensa mayoría del mundo llamado periférico ha pasado por procesos críticos en el mismo escenario de dificultades internacionales. Sin embargo, hay razones para afirmar que el caso de Cuba es muy singular. Se trata de un país de economía socialista, integrado por décadas a las estructuras del entonces Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) y en una relación de alianza con la URSS, lo cual le permitía recibir importantes ventajas económicas y, sobre todo, un apreciable nivel de certidumbre en el mediano plazo.

Lo anterior operaba, además, como una efectiva compensación a la presión del bloqueo económico que el gobierno de los Estados Unidos ejerce sobre la Isla desde principios de la década de los 60. Tampoco se puede olvidar que Cuba es un país con una dotación relativamente escasa de recursos naturales y una estructura económica subdesarrollada.

Los cambios que se producen en el sistema mundial a finales de los años 80 tuvieron sobre Cuba un impacto mucho más importante que sobre la inmensa mayoría del resto de los países del mundo. Ahora bien, aunque es obvio que la caída del bloque socialista europeo constituye el factor desencadenante de la crisis económica, sus causas no se reducen a este acontecimiento, ni son exclusivamente de carácter externo.

Desde la segunda mitad de la década de los 80, se notaban fuertes tensiones en la economía cubana, que expresaban los límites del modelo de crecimiento extensivo¹ vigente, y la vulnerabilidad de su sector externo. Sin embargo, hasta 1989 se mantuvieron factores externos de compensación que desaparecen con la caída del bloque socialista. En ese nuevo escenario, se hicieron más agudos los efectos del bloqueo

norteamericano —ahora reforzado—, y se expresaron con mayor intensidad las limitaciones del crecimiento extensivo.

Durante años, los recursos recibidos del campo socialista permitieron mantener un alto nivel de inversión y un gasto social en expansión; desde 1976 a 1985 el producto creció a un promedio anual superior al 5,3%. Sin embargo, el carácter extensivo constituyó la principal característica del crecimiento de la economía cubana en los quince años previos a la profunda crisis de inicios de la década de los 90.² Se trataba, además, de un crecimiento extensivo con baja eficiencia y alto nivel de compensación externa.³

Las consecuencias de la crisis han sido diversas y se pueden medir con indicadores de diferente naturaleza, algo que he analizado en trabajos anteriores.⁴ Aquí solo me referiré a aquellas expresiones directamente relacionadas con los desafíos que se le presentan a Cuba a partir del inicio de la década de los 90 y de su evolución durante los últimos años. El propósito es evaluar, desde esta perspectiva, las condiciones existentes para asumir los problemas pendientes, sobre todo en la lógica de una nueva estrategia de desarrollo.

Se pudieran enumerar sumariamente los problemas que planteó la crisis en el terreno económico: a) fuerte caída del producto y de la inversión; b) gran contracción del comercio exterior y correspondientes desbalances en balanza de pagos; c) fuertes desequilibrios macroeconómicos; d) reforzamiento de los bajos niveles de eficiencia; e) caída del nivel de vida de la población; f) desarticulación del modelo de acumulación y de las estrategias de desarrollo económico seguidas hasta entonces.

En correspondencia con estas dimensiones de la crisis, se debían realizar los cambios necesarios para alcanzar cuatro grandes objetivos: a) ajuste macroeconómico; b) ajuste estructural del sistema de organización de la economía; c) recuperación del crecimiento; d) redefinición de la estrategia de desarrollo económico en el nuevo contexto internacional. Obviamente, cada una de estas dimensiones está íntimamente relacionada con las otras, y el avance de una depende en gran medida del avance de las demás.

Los cambios se sucedieron a través de la década y fueron alcanzando progresivamente mayor profundidad, sobre todo a partir del verano de 1993, cuando el propósito no era ya solamente lograr una distribución lo más equitativa posible de los costos sociales de la caída de la economía y reinsertar a Cuba en los circuitos económicos internacionales para resistir el primer impacto de la crisis, sino también operar transformaciones en el sistema de organización y funcionamiento de la economía interna a fin de

recuperar el crecimiento y superar la situación con mayores niveles de eficiencia.

Al cerrar la larga década de los 90 y comenzar la primera del nuevo siglo, examinaré sintéticamente cómo han evolucionado y en qué situación se encuentran cada uno de estos grandes objetivos.

Ajuste macroeconómico

Desde el comienzo de la fase más aguda de la crisis, en 1990, el gobierno cubano trató de enfrentarla con una política que permitiera una distribución equitativa de las dificultades y carencias impuestas por la caída de la economía. En este esfuerzo, además de preservarse las conquistas sociales más importantes —salud, educación y seguridad social—, se implementaron medidas que no provocaran desempleo masivo, ni incrementos en los precios oficiales.

De aquí que, en 1990, se decidiera colocar casi todos los productos y servicios disponibles bajo un régimen generalizado de racionamiento, en el cual los precios no se incrementaban como consecuencia de la caída de la oferta, sino que una oferta limitada y decreciente era distribuida equitativamente entre el conjunto de la población a precios subsidiados, accesibles para cualquier grupo social.

Las empresas afectadas por falta de aseguramientos materiales o dificultades de otro tipo no fueron cerradas, para evitar el crecimiento del desempleo. Continuaron funcionando a un menor nivel de actividad, sostenidas por subsidios provenientes del gobierno central.

A pesar de haber logrado, sobre todo en un primer momento, un reparto relativamente equitativo de los costos de la crisis —aspecto de importancia fundamental para mantener y reproducir el consenso político en tan difíciles condiciones—, esta política generó un notable crecimiento de la liquidez, consecuencia del crecimiento de la demanda (salarios, seguridad social, subsidios, etc.) frente a una sostenida depresión de la oferta (fuerte contracción del Producto Interno Bruto y de las importaciones).⁵ Para finales de 1993, la liquidez acumulada era de aproximadamente 11 044 millones de pesos,⁶ equivalente a más de trece meses de salario mensual promedio.

Para ese mismo período se acumuló un fuerte déficit presupuestario. Las principales fuentes tradicionales de ingresos al presupuesto nacional (ganancias de las empresas, impuesto de circulación, etc.) se afectaron sensiblemente. Al mismo tiempo, hasta 1993, para mantener los objetivos sociales de las medidas antes explicadas, el Estado continuó incrementando los egresos de su presupuesto, sobre todo los subsidios empresariales, hasta acumular un déficit de

5 050 millones de pesos en 1993,⁷ equivalente aproximadamente al 30% del PIB, lo que representó un 90% más en relación con este mismo indicador en el año 1989.

En mayo de 1994, el 69% de las empresas del país funcionaban con pérdidas, y hasta esa fecha los productos gravados por impuestos tuvieron una circulación limitada.⁸

En este contexto de desequilibrio financiero, la falta de oferta en la red de comercialización estatal generó un rápido crecimiento del mercado informal, tanto de sus modalidades legales o toleradas como de sus manifestaciones ilegales. Para mediados de 1993, el mercado informal había crecido en términos de valor en más de siete veces respecto a 1989. Las fuentes que lo alimentaron fueron diversas: desde la reventa de artículos que recibe la población de forma racionada, hasta la malversación y el desvío de recursos, pero sobre todo la venta directa de productos agropecuarios, que hasta octubre de 1994 estaba prohibida. Solamente el Estado podía realizar su comercialización en la red minorista.

La sostenida depresión de la oferta en la red estatal compulsó a sectores mayoritarios de la población a conectarse como consumidores con el mercado informal para completar su canasta básica de productos, en especial de alimentos. Una característica fundamental de ese mercado fue su carácter inflacionario hasta la primera mitad de 1994.

Los desequilibrios antes señalados provocaron una fuerte depreciación de la moneda nacional, que para finales de 1993 llegaba a su punto más bajo de cotización: 120 pesos por un dólar y en algunos lugares del país hasta 150. De aquí se derivó la pérdida del carácter del salario como incentivo fundamental para sostener la disciplina laboral, así como la intensidad y la productividad del trabajo. De hecho, el salario que recibía el trabajador era superior al necesario para obtener las limitadas y subsidiadas ofertas del mercado racionado, e insuficiente para dar respuesta al incremento de los precios en el mercado informal. Esta coyuntura generó una fuerte presión que compulsó a una parte de la población a entrar en el circuito informal (ya no solo como consumidores, sino también como vendedores) para obtener los ingresos que le permitieran seguir consumiendo en ese propio mercado, lo cual dio lugar a un círculo ascendente de especulación, notable hasta finales de 1994. Este hecho agravó la desvinculación laboral de un número creciente de trabajadores, porque tendió a convertir en permanente la desvinculación temporal, debido al fuerte desestímulo que representó la vinculación al trabajo formal en condiciones de agudo desequilibrio financiero y la consecuente depreciación de la moneda nacional.

La tendencia creciente de los desbalances financieros internos y sus consecuencias impusieron la necesidad de cambios en la política económica, para buscar la restitución de los equilibrios. En junio de 1994, después de un amplio debate nacional, se comenzó a aplicar un conjunto de medidas para incrementar la captación de circulante y desmonetizar la economía: aumento de precios a bienes de consumo no esenciales, eliminación de algunas gratuidades, establecimiento de una nueva política de impuestos y reducción de subsidios.

Este programa ha permitido una reducción relativa de la liquidez en relación con el PIB. Sus resultados se han expresado en una apreciación de la moneda nacional frente al dólar: de 120 pesos por un dólar en 1993-1994 a 26 por un dólar a finales de 2002; ello ha sido alcanzado al combinarse la relativa disminución del circulante y la recuperación del crecimiento del PIB, con el correspondiente incremento de la oferta. Sin embargo, a pesar de esta notable mejoría, a más de 104 meses del comienzo de la implementación del programa de desmonetización, se hace evidente aún la persistencia de exceso de liquidez.

Para finales de 2001, la liquidez acumulada se estimaba en 12 337,6 millones de pesos, con una notable tendencia a su incremento (en el 2000 era de 10 489,8). A pesar de que en algunos medios oficiales se ha calificado la situación como de equilibrio —considerando la relativa recuperación de la oferta—, resulta apreciable aún la falta de correspondencia entre el salario medio (245 pesos en el 2001)⁹ y los precios de los productos en los espacios de mercado abiertos, tanto estatales como no estatales —excluyendo el racionamiento. Esto es especialmente importante en el caso de los mercados agropecuarios. Se observa un rendimiento decreciente de los instrumentos utilizados para reducir el circulante, y sobre todo una notable tendencia a su concentración en pocas manos. Según los últimos datos disponibles, el 84% del dinero en Banco correspondía solo al 13% de las cuentas de ahorro.¹⁰

El relativamente alto nivel de precios en el mercado agropecuario y su relativa rigidez, después de ocho años de funcionamiento, no se pueden explicar única, ni fundamentalmente, como un problema de falta de oferta. Una de sus causas centrales es la persistencia de una masa monetaria excedentaria y concentrada —incluyendo la depositada en el banco—, que somete a la economía a una notable presión inflacionaria.

La falta de correspondencia entre los precios y el salario condiciona rigideces en la estructura del consumo individual,¹¹ limita las posibilidades de restablecer la condición del trabajo como fuente fundamental de ingresos, y crea una serie de complejos problemas a la economía nacional, entre los que se destacan: a) las

distorsiones en la producción agropecuaria como consecuencia del diferencial de rentabilidad que existe entre las actividades vinculadas al sector de precios regulados y las que lo están al sector desregulado; b) el relativo estancamiento de la actividad económica de una parte de los espacios de mercado legalizados que no son el agropecuario; c) el desestímulo a los sectores campesinos y algunos cooperativos, que ya tienen un alto nivel de ahorro en moneda nacional sin oferta correspondiente, y d) la fuerte transferencia de recursos monetarios de la ciudad al campo.

El resultado más relevante en el terreno de las finanzas internas ha sido la disminución del déficit presupuestario, que en 2001 era solo 2,7% del PIB,¹² debido a una política financiera más restrictiva, el aporte de los impuestos y la reducción de los subsidios empresariales. No obstante, este último punto debe tomarse con cuidado, pues en ausencia del mayor avance de la reforma empresarial (perfeccionamiento), la reducción de los subsidios ha impactado directamente sobre el incremento de cadenas de impagos entre las empresas. La razón es que estas, ante una política financiera más restrictiva e imposibilitadas aún de ajustar suficientemente sus costos, muchas veces optan por usar sus deudas como una fuente espuria de financiamiento. Es de destacar, como un logro importante, el esfuerzo por mantener las partidas esenciales del gasto social, lo cual ha permitido sostener, y en algunos casos incrementar, una amplia cobertura de servicios públicos, aun en los momentos más difíciles de la crisis.

La extracción de efectivo en circulación ha constituido un proceso doble: de un lado, se ha reducido relativamente el monto total de circulante (en relación con la oferta), y del otro, se ha generado su mayor concentración relativa como medio de depósito o *circulante pasivo*, que contiene una amenaza implícita de convertirse en efectivo como medio de circulación o *circulante activo*, y desatar mayores presiones inflacionarias ante la eventual apertura de nuevos espacios de mercado sobre los que actuaría esta demanda atrasada.¹³

El programa de desmonetización implementado parece haber llegado a sus límites: la magnitud del circulante activo en manos de la mayoría de la población —como sugiere la evidencia empírica— se encuentra ya en niveles muy reducidos. Resulta entonces perceptible el agotamiento de las posibilidades de que este sector de la población pueda continuar actuando como principal «fuente» de extracción en el contexto de un programa de desmonetización basado, en lo fundamental, en incrementos de precios de productos de amplio consumo. Si bien se mejoró una parte del problema (reducción relativa de la liquidez), aún queda

alcanzar niveles más adecuados de equilibrio, y reducir la concentración del dinero.¹⁴ Como ya he señalado, a pesar de los avances en esta área, la desmonetización continúa siendo una meta pendiente en el reordenamiento de la economía cubana. Alcanzarla constituye, en mi opinión, una condición necesaria para el avance integral de la reestructuración económica.¹⁵

Por último, más allá del debate acerca de la presión real que ejerce, en este momento específico el exceso de liquidez, incluyendo el depositado en el banco, está la cuestión central de su impacto en el curso posterior de la reestructuración. La descentralización y la mayor diversificación de las formas de propiedad y organización de la producción y los servicios es, a mi juicio, una trayectoria inevitable en el futuro para elevar la eficiencia en el sector estatal (que en cualquier escenario de reestructuración socialista debe continuar siendo dominante y determinante) y actuar positivamente sobre el empleo.

Paralelamente, resulta necesario tener en cuenta el problema de la dualidad monetaria. En el verano de 1993 se legalizó la tenencia y circulación de divisas, con lo cual se reconocía una situación que, de hecho, había impuesto la crisis, cuando la caída de los niveles de consumo se combinó con la mayor apertura al turismo internacional y toda la red de oferta de bienes y servicios que esta actividad supone, así como con el crecimiento de las remesas familiares que, por las más diversas vías, llegaban a un importante —aunque minoritario— sector de la población.

Esta medida, cuya necesidad parece inobjetable teniendo en cuenta las condiciones de ese momento, favoreció un notable incremento de las remesas familiares desde el exterior y la articulación de la infraestructura comercial necesaria para su recuperación, lo cual ha contribuido a compensar los déficits en balanzas de pagos. De otra parte, redujo las fronteras con las que había funcionado el mercado interno en divisas, y permitió una mayor participación relativa de la población cubana —más bien de un sector de esta— en esos espacios. Sin embargo, la circulación del dólar reafirmó la dualidad que ha caracterizado a la economía cubana durante el período de crisis, marcada por la coexistencia de dos sectores operando en monedas y bajo condiciones diferentes, lo que afecta tanto al sistema empresarial como a la población en general. Las consecuencias van desde notables alteraciones en el sistema de incentivación, con sus efectos negativos sobre la intensidad y la productividad del trabajo, hasta distorsiones en los precios internos, así como en la medición de costos y, por tanto, en la toma de decisiones económicas fundamentales.

La doble circulación monetaria, consecuencia inevitable de la manera en que resultó necesario manejar

la crisis, constituye otro de los problemas pendientes de solución: la integración de la economía en una moneda única es una necesidad de la reestructuración. Sin embargo, ese objetivo solo puede ser logrado en presencia de mayores equilibrios macroeconómicos. Los plazos y las vías para alcanzarlos fueron parte del debate en los 90, y seguramente lo seguirán siendo durante los años futuros.

El ajuste estructural del sistema de organización de la economía

El análisis de la economía nacional durante el período 1975-1989 revela dos aspectos conceptuales importantes: primero, el patrón de crecimiento extensivo portaba los propios gérmenes de su agotamiento y, segundo, el reemplazo de ese patrón por un crecimiento de tipo intensivo deberá ser una condición indispensable para el futuro desarrollo de la economía cubana.¹⁶

No se pueden subestimar los avances alcanzados en los planos económico y social durante aquella etapa, pero es importante comprender sus limitaciones y, sobre todo, considerar que aquel desarrollo se produjo en circunstancias internacionales concretas, bajo la acción de factores bien específicos, cuya repetición en las actuales condiciones resulta muy improbable.

Diversos estudios realizados en Cuba acerca del crecimiento extensivo de la economía cubana en las décadas de los años 70 y los 80 demostraron sus limitaciones.¹⁷ En primer lugar, su incapacidad para ser autosostenible, debido a la presencia de factores de compensación por vía externa como condición indispensable para el funcionamiento del modelo. De hecho, se produjo un mutuo condicionamiento entre ambas características, que a la larga tendría consecuencias perversas: la economía, a pesar de su ineficiencia, podía crecer por la vía extensiva gracias a la transferencia sostenida de recursos desde el exterior; a la vez, esa transferencia, al garantizar el patrón extensivo, actuaba como un fuerte desestímulo para el tránsito hacia un modelo intensivo y eficiente.

Respecto a la necesidad de la existencia de transferencias desde el exterior, el elemento dañino del patrón de crecimiento extensivo existente en Cuba no era el hecho de estar asociado a la necesidad de inversiones, típica de todo proceso de desarrollo. En el caso de una economía como la cubana, la creación de las bases materiales y humanas del desarrollo exige un proceso inversionista que, por su cuantía y ritmos, demanda recursos superiores a los generables internamente y que, durante algún tiempo, deberán crecer más rápidamente que el total de la economía.

En ese sentido, no puede considerarse *a priori* como algo negativo la existencia, durante algún tiempo, de un proceso de crecimiento extensivo y compensado por la vía externa. Sin embargo, el problema en Cuba durante el período analizado no fue, como ya se ha apuntado, el incremento en la formación y la utilización de recursos productivos a ritmos más acelerados que el crecimiento económico, sino que estos se utilizaban de manera poco eficiente.

Desde la segunda mitad de los años 80, la solución previsible consistía en adoptar medidas de política económica orientadas hacia el desarrollo intensivo de la economía, idea ampliamente compartida en aquellos años. En otras palabras, inclusive en condiciones en que se pudiera mantener un nivel relativamente holgado de desbalance financiero, ya no sería posible ajustar satisfactoriamente el modelo extensivo. Se requería un salto de eficiencia que solamente podía ser concebido en el contexto de un modelo intensivo.

Diversos factores impidieron superar el modelo extensivo durante la década de los 80, fundamentalmente como consecuencia de ineficiencias en la política inversionista, problemas con el sistema de gestión de la economía, dificultades con la puesta en marcha de las nuevas capacidades creadas, caídas de precios de las exportaciones y problemas climáticos. Los cambios llevados a cabo en la segunda mitad de esa década, en el contexto del llamado Proceso de rectificación de errores y tendencias negativas, no alcanzaron a superar esta situación.

La baja eficiencia condicionaba la necesidad de grandes cantidades de recursos, no solo para la acumulación, sino para la propia operación corriente de la economía. Al finalizar 1987, el indicador de efectividad del gasto material había caído hasta los niveles de inicio de los años 80.¹⁸

El proceso inversionista no solo no transformó en la medida necesaria la estructura exportadora del país; tampoco modificó suficientemente la naturaleza poco integrada de la economía nacional y, por tanto, esta siguió siendo vulnerable, en muy alto grado, a las importaciones. Las relaciones intersectoriales siguieron siendo notablemente débiles; es decir, la economía cubana continuó caracterizándose por mantener un bajo nivel de integración entre sus principales sectores, lo que, sumado a una tecnología de gran consumo energético, condiciona un alto grado de importaciones de los bienes intermedios necesarios para el funcionamiento de las capacidades instaladas.¹⁹

Por estas razones, la economía nacional conservaba fuertes barreras estructurales para un crecimiento autosostenido, que se agregan a la relativa escasez de recursos naturales. La ausencia de un sector productor de equipos establece una elevada vulnerabilidad

Sin perder sus rasgos fundamentales como una economía de carácter socialista, las rigideces propias del viejo concepto de la economía centralmente planificada han sido sustituidas por una dinámica más flexible.

respecto a las importaciones de esos bienes, vitales para la acumulación, en tanto la no existencia de adecuadas relaciones intersectoriales determina vulnerabilidades respecto a las importaciones de bienes intermedios. Como se pudo comprobar en los 90, la contracción en las importaciones de bienes intermedios actúa como un poderoso mecanismo de desarticulación de la economía nacional.

Finalmente, la estructura de las importaciones cubanas mostraba, en la década de los 80, rigideces —muy acentuadas en los 90— que multiplicaron la vulnerabilidad del crecimiento respecto a los factores externos. Si en 1989 los bienes de consumo, sobre todo alimentos, representaban el 10,4% de las importaciones, en 1998 esa proporción había alcanzado el 21,7%.²⁰ El hecho de que fuera una proporción creciente de un total de importaciones decrecientes puso de relieve que la elevada dependencia en la importación de bienes imprescindibles, como los alimentos, hace inevitable que cualquier «ajuste» en materia de importaciones se produzca por la vía de los medios de producción (bienes intermedios y sobre todo bienes de capital), lo cual afecta directamente la propia capacidad de reproducción ampliada de la economía.

En condiciones en que el punto de partida de un proceso de recuperación es un bajo nivel de importaciones con una estructura rígida —alto peso relativo de los alimentos y los combustibles—, las perspectivas de crecimiento económico no pueden ser significativas, y mucho menos una vez que se agote la recuperación de la capacidad instalada paralizada por la crisis. Este tipo de rigidez actúa como un lastre respecto a la recuperación económica.

Resumiendo, la crisis de acumulación de la economía cubana iniciada en la década de los 80 —y que se prolonga hasta el presente—, ha abarcado dos momentos del modelo de acumulación extensivo. El primero, ampliamente reseñado, corresponde a la etapa que comienza a mediados de los 70 y se extiende hasta fines de los 80. La aguda etapa de contracción económica de la primera mitad de los 90 (1990-1993) la posterior recuperación relativa del PIB (1994-2000) y la actual desaceleración (2000-2002) han tenido como trasfondo un segundo momento del modelo de acumulación extensiva, de baja eficiencia y lastrado

como el anterior, pero —a diferencia de aquel— con un bajo nivel de compensación externa.

Desde esta perspectiva, parece quedar claro que la superación definitiva de la crisis de acumulación solamente sería factible con el paso a un modelo de acumulación intensiva —o sea, de mayor eficiencia económica— y esto solamente es posible en el contexto de un escenario de reestructuración fundamental de la economía cubana.²¹

La necesidad de establecer altos niveles de eficiencia es hoy un criterio extensamente compartido. El punto más polémico es la determinación de cómo alcanzarlos y en qué plazos. Este problema constituye un componente esencial para cualquier escenario de reestructuración económica del país, en la lógica de un desarrollo socialista y viable. Se trata de una necesidad agudizada por la crisis, pero que aparece ya con fuerza desde el período anterior, cuando aún se disponía de importantes recursos externos. Como demuestra la experiencia histórica de diferentes países, el paso a un modelo intensivo es una necesidad del desarrollo aun en presencia de abundantes recursos naturales —con mayor razón cuando existe escasez de ellos.

Los cambios realizados en la economía cubana, sobre todo después del verano de 1993, han transformado sustancialmente sus perfiles de funcionamiento: mayor autonomía empresarial, diversificación relativa de las formas de propiedad —cooperativas agrarias y trabajadores por cuenta propia—, apertura de nuevos espacios de mercado interno, fundamentalmente para productos agropecuarios y artesanales, apertura a la inversión extranjera, nuevas inserciones internacionales, reforma bancaria, librecambio de la moneda para operaciones domésticas, reducción de los subsidios, nuevas formas de incentivación a la fuerza de trabajo, cambio en las concepciones de la planificación y, más recientemente, la reforma empresarial en curso, denominada perfeccionamiento empresarial. Sin perder sus rasgos fundamentales como una economía de carácter socialista, las rigideces propias del viejo concepto de la economía centralmente planificada han sido sustituidas por una dinámica más flexible.

El impacto positivo de estas medidas en la reactivación de varios sectores de la economía, con

mejoras relativas en la intensidad y productividad del trabajo, sumado a la disposición de nuevas fuentes de recursos externos como el turismo, nuevos socios comerciales, la inversión extranjera y las remesas familiares, explican la relativa recuperación de la economía desde 1994; sin embargo, a la altura del año 2002, su crecimiento dista todavía de ser de tipo intensivo. El completamiento de la reforma económica y su mayor coherencia serían, en mi opinión, una condición necesaria para lograr este objetivo.

Sin lugar a dudas, el elemento más dinámico en la situación actual es la reforma empresarial en curso —perfeccionamiento empresarial—, que debe conceder un alto nivel de autonomía y generar una mayor dinámica de mercado en el contexto de un nuevo sistema de incentivación, sin arriesgar el predominio de la propiedad social, pero ejercida de una manera diferente. Sin embargo, su avance aún es incipiente y su ritmo lento. A principios de 2001, de cerca de 3 000 empresas estatales existentes en el país, solo 50 funcionaban bajo la nueva forma de gestión, mientras otras 1 300 se encontraban en algún paso del proceso.²²

Una cuestión no suficientemente explicitada, es el curso posterior de la reforma empresarial. Obviamente, se irá generando un excedente de fuerza laboral como consecuencia de los inevitables ajustes que deben realizar las empresas que vayan entrando al nuevo sistema de gestión. El desafío es crear nuevas fuentes de empleo; la pregunta: ¿cómo?²³ Según demuestra la economía contemporánea de los países más avanzados, el sector de los servicios alcanza un gran dinamismo y genera una proporción creciente del empleo. En las condiciones de Cuba, este sector debe ocupar también un lugar muy importante. Sin embargo, no debe obviarse que, en gran medida, a este corresponden actividades presupuestadas, cuya expansión —más allá de determinados límites— provocaría mayores desequilibrios macroeconómicos, con las consecuencias conocidas.²⁴

La recuperación del crecimiento

La recuperación del crecimiento económico registrado por el país en el período 1994-2001 en un contexto tan difícil, ha constituido un logro de la mayor importancia y se ha debido al impacto de los cambios económicos implementados progresivamente por el gobierno durante los últimos años. Sin embargo, el alcance de la recuperación es aún insuficiente para superar estratégicamente la crisis. El crecimiento de la economía en ocho años solo cubre el 85% del PIB de 1989, de manera que no se ha recuperado aún la pérdida

sufrida en los cuatro años de aguda contracción (1990-1993), además de que en los años 2001 y 2002 se presenta una nueva desaceleración. El PIB por habitante sufre una reducción de 1,9% entre 1991 y 2000.²⁵

La utilización de la capacidad industrial instalada se encuentra todavía por debajo de los niveles de 1989, mientras que la nueva inversión no ha desempeñado el papel más significativo en la reactivación. Con ello se hace evidente que, hasta el momento, en el proceso de crecimiento ha tenido una menor presencia el factor que en el más largo plazo lo hace sostenible. Por otra parte, el crecimiento de la economía no ha superado (y en muchos casos ha incrementado) los desequilibrios en balanza de pagos, lo cual lastra el crecimiento. La baja probabilidad de encontrar suficientes compensaciones externas refuerza la necesidad de un salto de eficiencia y mayor movilización del ahorro interno.

Más allá de los factores objetivos que explican, en gran medida, la profundidad y complejidad de la crisis, se hace imprescindible un debate riguroso acerca de las alternativas que pueden reducir su impacto y acelerar su superación en la lógica de una estrategia de desarrollo económico socialista y viable.

Las evidencias indican que, a pesar de los recientes avances en legislaciones más flexibles, difícilmente el bloqueo pueda ser totalmente levantado en el corto plazo; las duras condiciones que la actual globalización impone en el sistema económico mundial tampoco parecen modificables en plazos inmediatos, y la posible futura construcción del Área de Libre Comercio de las Américas bajo hegemonía norteamericana —de la cual Cuba ha quedado excluida por las fuertes presiones de los Estados Unidos—, muestran claramente que las condiciones internacionales en las que habrá de operar la economía cubana serán en extremo difíciles y hostiles.²⁶ Este contexto confirma que el paso a una economía más eficiente, de crecimiento intensivo, constituye una necesidad impostergable.

Alcanzar mayor eficiencia y un significativo incremento de las exportaciones han sido metas tradicionales, pero no alcanzadas, de la política económica del país. En las nuevas condiciones, la contribución de esos factores para sostener el crecimiento es sustancialmente más importante y necesaria que en el pasado.²⁷ Como se ha explicado y es ampliamente reconocido, la economía cubana ya no puede crecer, como antes de 1990, sobre la base de un modelo de acumulación extensiva y de baja eficiencia que generaba, entre otros problemas, un agudo desbalance externo, compensado mediante diversos mecanismos de colaboración internacional con el entonces campo socialista, fundamentalmente con la URSS.

La cuestión más importante es, entonces, el examen de los factores que pudieran hacer sostenible el logro de tasas satisfactorias de crecimiento económico en las actuales condiciones. Interrogantes como cuál debe ser la tasa de acumulación, en cuáles sectores debería invertirse y con qué propósitos, y cómo alcanzar mayores niveles de eficiencia, admiten respuestas diversas cuyos efectos no se limitarían al corto plazo, sino que implicarían trayectorias diferentes para el crecimiento, la estructura económica y el desarrollo del país en el largo plazo.

Como se puede observar, los años 2001 y 2002 han vuelto a ser escenarios de nuevas tensiones económicas, consecuencia de diversos factores que han reducido los ingresos financieros del exterior: fuerte caída de los precios del azúcar, bajos precios del níquel, reducción de la dinámica de crecimiento que había caracterizado al turismo como consecuencia de los acontecimientos del 11 de septiembre, disminución de las remesas familiares por la misma razón, impacto de tres huracanes (uno en 2001 y dos en 2002) e incremento de los precios del petróleo. Esta nueva situación demuestra y refuerza la necesidad de avances en la eficiencia económica para reducir el impacto de los acontecimientos económicos exteriores.

En resumen, la economía cubana logró detener el fuerte retroceso que tuvo el PIB entre 1990 y 1993, y mantener el crecimiento por ocho años consecutivos. Aunque aún no se han alcanzado los niveles de producción de finales de la década de los 80, ni superado los fuertes déficits en la balanza de pagos, sin lugar a dudas se ha mejorado la situación y se está en un contexto relativamente más favorable para continuar las transformaciones que permitan cambiar la calidad del crecimiento y ampliar su impacto en la sociedad para superar estratégica y definitivamente la crisis. Esta afirmación cobra mayor importancia ante la nueva desaceleración del crecimiento que se ha presentado en los años 2001 y 2002.

Redefinición de la estrategia de desarrollo

La industrialización por sustitución de importaciones ha constituido el eje central de las estrategias de desarrollo definidas en Cuba durante el período revolucionario. Los cambios que se pueden identificar, al menos hasta 1990 —cuando la crisis impuso una visión muy de corto plazo— están referidos a las formas específicas en que esta se debía alcanzar.

A mediados de la década de los 70 se definió explícitamente que la tarea central de los planes de desarrollo sería la industrialización del país.²⁸ Para finales de los 80, poco antes del comienzo de la crisis, ese

objetivo no se había alcanzado totalmente, a pesar de que se habían obtenido logros importantes: relativo crecimiento y diversificación de la industria dentro de la producción nacional, ampliación de la infraestructura vial y de comunicaciones, un entramado empresarial más amplio y especializado con mayor capacidad de gestión y, sobre todo, una extendida fuerza laboral calificada en el sector industrial.

Según se vio, en los 90 se abre un período de resistencia, con medidas dirigidas a repartir lo más equitativamente posible los costos de la crisis y proteger las principales conquistas sociales de la Revolución. Además, se introducen dinámicas de descentralización y desaparece virtualmente la planificación centralizada, tal como se había conocido hasta entonces, para ser sustituida por formas más flexibles de planificación, basadas fundamentalmente en indicadores de carácter financiero. Como consecuencia lógica de las urgencias impuestas por la crisis, se hace más difícil identificar en esos años los componentes de una estrategia de desarrollo económico. Se puede apreciar el esfuerzo por recuperar la producción de azúcar, muy deteriorada en los primeros años de la década, y el crecimiento sostenido del turismo —sin lugar a dudas, el sector más dinámico durante los últimos diez años, con tasas de crecimiento superiores al 15% anual. La producción de níquel se ha incrementado, favorecida por una fuerte inversión extranjera, así como la de petróleo y sus derivados. La infraestructura de comunicaciones del país también ha avanzado. La actividad en el sector asociado a la biotecnología se ha mantenido, sobre todo en lo referido a investigación y desarrollo, pero sin lograr aún espacios de consideración en los mercados internacionales de estos productos, altamente transnacionalizados. Un factor de importancia notable en el período han sido las remesas familiares,²⁹ que para el 2001 se estimaban superiores a los 800 millones de dólares anuales.³⁰ Este flujo financiero ha contribuido a la reactivación de importantes sectores de la economía, como la industria ligera, estimulados por el incremento de la demanda en los mercados internos de divisas.

Más recientemente se ha producido lo que puede considerarse el cambio estructural de mayor importancia: el cierre de la mitad de los centrales azucareros del país debido a que la permanente contracción de los precios del azúcar en el mercado mundial hace irrentable su producción. Se han dejado en funcionamiento solo aquellos con mejores índices económicos y condiciones para elevar su eficiencia. No es propósito de este artículo analizar en extenso el alcance de este notable cambio, solo afirmar que podría ser un importante paso en la modificación fundamental del carácter de la estructura económica de Cuba; sin embargo, su impacto dependerá de cómo se pueda

asimilar la liberación de recursos que este genera (sobre todo de fuerza de trabajo), de cómo se rearticulen las relaciones intersectoriales y de que sea seguido por el fomento efectivo de nuevos sectores exportadores con mayores posibilidades de avance en los mercados internacionales. No se puede olvidar que la posición de Cuba, frente a sus clientes y acreedores en el mercado mundial, ha estado por décadas respaldada por su potencial de producción de azúcar, factor que ahora se reduce considerablemente.

A pesar de estos notables cambios en la dinámica de la acumulación económica, no se puede afirmar que esté definida de manera explícita una nueva estrategia de desarrollo cuyo núcleo articulador sea diferente al de la industrialización sustitutiva, aun cuando esta se ha complementado con determinadas exportaciones no tradicionales que le conceden una mayor orientación exportadora. Para el inicio de la presente década, una vez demostrada la capacidad del país para conducir y recuperar la economía en un escenario en extremo difícil, se plantea un desafío mayor: articular una estrategia de desarrollo económico, socialista y viable, en el complicado y hostil contexto de la globalización, donde las posibilidades para los países del Tercer mundo son muy limitadas.

Cuba cuenta con condiciones que le permiten proyectar el desarrollo, aun en ese difícil contexto. Obviamente, en ningún caso se trata de un proceso lineal y mucho menos predeterminado: está plagado de desafíos y dependerá, esencialmente, de lo que se haga. El mayor salto en los niveles de eficiencia del sistema económico es una condición esencial y necesaria, pero no suficiente; en nuestra opinión, debe ser complementada con una estrategia apoyada en el principal recurso que distingue a Cuba como un país excepcional del Tercer mundo: el nivel de calificación y el elevado potencial de aprendizaje tecnológico de su fuerza de trabajo y de su población en general, resultado de la política social y educativa de la Revolución durante cuatro décadas. A lo cual debe añadirse la existencia de una sociedad estable, con una distribución relativamente equilibrada del ingreso, amplia cobertura de servicios sociales y un gobierno con capacidad de conducción.

Sin embargo, a pesar de contar con esta fuerza de trabajo de condiciones excepcionales, la estructura de exportaciones del país sigue constituida, fundamentalmente, por productos primarios, típica de países subdesarrollados —azúcar, níquel, tabaco, pesca y servicios turísticos—, lo cual hace evidente que aún no se ha logrado utilizar intensivamente el principal recurso de la nación. Las opciones de desarrollo en el futuro, tomando en cuenta el actual contexto internacional, pasan por la solución de esta contradicción en plazos razonables. Los avances en sectores como la

biotecnología, la informática, el diseño de equipos médicos, servicios especializados, etc., así como la existencia de un dinámico sistema de ciencia y técnica en el país, constituyen pasos importantes en esa dirección.

Ello no significa que sectores tradicionales de la economía cubana no deban recuperarse y continúen ocupando un lugar de importancia, así como otros de más reciente crecimiento y dinamismo, como el turismo; tampoco que el mercado interno no deba ocupar un lugar de importancia. En nuestra opinión, el núcleo articulador de la estrategia de desarrollo, el definidor de su esencia, debe estar constituido por sectores que empleen intensivamente la fuerza de trabajo calificada, en procesos de complejidad tecnológica creciente y orienten una parte importante de su producción final hacia los mercados internacionales. Todo lo anterior plantea la necesidad de reestructurar las interconexiones sectoriales de la economía interna, redefinir las formas de inserción en la economía global y modificar cualitativamente la estructura de exportaciones del país, dando lugar a lo que hemos llamado un proceso de industrialización por sustitución de exportaciones.³¹

El desarrollo es un proceso muy complejo que incluye una multiplicidad de dimensiones —la justicia social, el crecimiento del nivel de vida, el avance tecnológico, los equilibrios sectoriales y sociales, su carácter sustentable, su condición cultural, etc. Ninguna de estas dimensiones debe ser excluida o subestimada; solo que, a los efectos de lo que en este artículo se quiere sostener, se hace necesario destacar el desarrollo como un proceso que debe colocar progresiva y crecientemente la parte fundamental de la fuerza laboral del país en trayectorias ascendentes de aprendizaje tecnológico. Ello, a mi juicio, resulta vital para el diseño de la estrategia de desarrollo de Cuba en el presente, debido a que, como he señalado, es esta precisamente la principal riqueza de la nación.

Además, una estrategia económica asentada en esta visión del desarrollo, al colocar la fuerza de trabajo calificada en sectores de alto valor agregado, permitiría elevar los incentivos individuales y colectivos y, por tanto, atenuar y por último resolver la contradicción entre remuneración y expectativas basadas en la calificación, lo cual es de la mayor importancia, sobre todo para las nuevas generaciones.

Cuando asumimos esta dimensión del desarrollo, se nos hace más clara la existencia de una conexión sustancial y viable entre la posibilidad de progreso económico del país y la dinámica de la economía internacional, aun cuando esta se encuentra bajo hegemonía transnacional.

De cualquier manera, la reestructuración de la economía cubana, en la lógica de una estrategia de desarrollo, impone la necesidad de reinsertar al país en los circuitos internacionales de las finanzas, el comercio y la inversión. El carácter abierto de la economía cubana exige una conexión dinámica con la economía internacional, lo que supondrá siempre una relación conflictiva si se tienen en cuenta las actuales características del sistema mundial, y en particular las restricciones que impone el bloqueo económico de los Estados Unidos.

En el contexto de la globalización, la promoción del desarrollo impone disputar espacios en las bases materiales y tecnológicas de la producción mundial. Esto obliga a superar una visión simple de readaptación a la economía internacional, basada en el cambio de la orientación geográfica del comercio exterior y la apertura a la inversión extranjera. Se trata de mucho más que eso: de construir una inserción esencialmente diferente en cuanto a los sectores económicos implicados y su articulación interna y externa, el valor agregado a las exportaciones, su conexión con las cadenas productivas globales, etc. En ese proceso resultan imprescindibles, al menos, dos condiciones de partida: la calidad del factor humano disponible y un Estado capaz de conducir y efectuar acciones para la promoción del desarrollo. Precisamente, como se ha apuntado, en esos dos aspectos la Revolución cubana ha hecho una decisiva contribución que debe ser determinante para el diseño de nuevas estrategias de desarrollo ante el formidable reto de la globalización.

Un país capaz de elevar constantemente sus niveles educativos y científico-técnicos asiste con una ventaja al mundo de la globalización, pero ello debe estar acompañado de la capacidad de expresar estos avances en producciones de complejidad tecnológica creciente apoyadas en la innovación.

Es importante considerar que los sectores más importantes de la economía mundial están articulados como cadenas productivas globales bajo hegemonía transnacional. De hecho, estas constituyen una de las redes que le dan cuerpo a la llamada globalización. Es precisamente en el contexto y dinámica de estas cadenas donde se pueden encontrar y aprovechar espacios para el desarrollo económico de un país como Cuba, siempre en medio de desafíos y contradicciones que no pueden ser obviados.

La necesidad de colocar los sectores más dinámicos de la economía cubana en procesos ascendentes de aprendizaje tecnológico, conectados a las cadenas productivas globales, no significa reducir la importancia del Estado en la conducción de la estrategia de desarrollo; más bien lo contrario. A pesar de la hegemonía transnacional que caracteriza hoy a la globalización, el Estado-nación puede actuar y aun actúa

como una de las principales fuerzas «localizadoras» de la producción global. Lo diferente es que, en el contexto actual, la conducción del desarrollo debe centrarse en una nueva comprensión acerca de cómo funciona hoy la economía internacional, y actuar en consecuencia. En ese sentido, he querido destacar que, en la actualidad, el avance de un país por trayectorias ascendentes de aprendizaje tecnológico es, esencialmente, una resultante de su participación y escalada en el contexto de cadenas productivas internacionales. Esto supone activar la mayor capacidad negociadora frente a compañías que hegemonizan los circuitos productivos y financieros internacionales, para desde una economía más eficiente, integrada y competitiva, en capacidad de emplear más eficazmente su fuerza de trabajo calificada, colocarse y ascender en las cadenas productivas globales hacia niveles más altos de complejidad tecnológica y valor agregado.³²

Como hemos afirmado en trabajos anteriores, la reestructuración de la economía cubana debe ser parte de un proceso de más alcance que trascienda la reforma parcial de los mecanismos tradicionales de la economía centralmente planificada, aunque siempre —y esto es muy importante— dentro de una concepción socialista.³³

Por último, es esencial no olvidar que la reestructuración de la economía cubana en la lógica de una estrategia de desarrollo viable, debe ser siempre considerada como parte de un propósito mayor y más complejo que se relaciona con el futuro del país, su soberanía y los intereses de las mayorías, lo cual exigirá siempre consideraciones de carácter político. Cualquier transformación de la estructura económica de Cuba, para que sea políticamente sustentable en el mediano y largo plazos, debe ser realizada en correspondencia con el consenso, el bienestar, las expectativas, la identidad y la cultura de su pueblo.

La reinserción internacional de Cuba en los años 90, en un contexto en extremo difícil y hostil, ha sido un factor clave en la supervivencia económica del pueblo cubano, en la preservación de importantes conquistas sociales del país, y en la continuación del sistema político establecido por la Revolución desde 1959. Sin embargo, a mi juicio, la modificación parcial registrada en la estructura económica durante el período, así como la dinámica previsible que se deriva de los patrones actuales de acumulación, no han transformado aún la estructura económica del país en el grado necesario, para el mayor avance hacia el desarrollo en el actual contexto internacional.

Resumiendo, durante el período crítico de la última década del siglo XX, la economía cubana ha alcanzado logros muy importantes, si se tienen en cuenta que las difíciles condiciones a que ha estado sometida llevaron

a más de un analista a dudar de su capacidad de sobrevivencia. El crecimiento ha sido recuperado desde 1994 y sostenido durante ocho años; la inserción internacional del país se ha modificado sustancialmente; la economía interna funciona de manera más dinámica y con relativos mayores equilibrios macroeconómicos; se han consolidado nuevos sectores de producción y servicios; se han mantenido y ampliado los principales programas sociales y el gobierno ha alcanzado mayor experiencia en la conducción de la política económica en las nuevas condiciones internacionales y bajo fuertes presiones externas, especialmente las derivadas del bloqueo norteamericano.

En todos los niveles en los que la crisis exigía respuestas se han producido avances notables. Sin embargo, en ninguno de los casos la situación de tensiones y riesgos ha sido definitivamente superada. El ajuste macroeconómico, en mi opinión, aún es insuficiente y continúa generando tensiones económicas y sociales; la reestructuración del sistema de organización de la economía necesita ser completada y dar lugar a un mayor salto en los niveles de eficiencia que permitan articular un modelo de crecimiento intensivo; el crecimiento ha sido recuperado, pero aún no cubre la caída acumulada durante los primeros años de la crisis. Ello tiene mayor importancia si se tiene en cuenta el nuevo período de tensiones y desaceleración que se abre en los años 2001 y 2002, además de que ha continuado presionado por persistentes déficit en la balanza de pagos; finalmente, no ha sido definida explícitamente una nueva estrategia de desarrollo económico que permita activar efectivamente las notables potencialidades de Cuba en el contexto de la economía global.

La primera década del siglo XXI es nuevamente un tiempo de desafíos para la economía cubana, un reto a la creatividad colectiva. La capacidad demostrada para resistir y superar las dificultades durante la última década del XX, es una buena razón para continuar en pos de lo que queda por alcanzar.³⁴

Notas

1. Se entiende por modelo extensivo, el crecimiento de la economía dependiente más de la disposición creciente de recursos que de avances en la productividad del trabajo y la rentabilidad.

2. En realidad, el crecimiento extensivo también se había producido desde antes y continúa siendo hoy el patrón de crecimiento de la economía cubana; pero me parece particularmente relevante la evaluación del período iniciado en 1975 por dos razones fundamentales: primero, porque coincide con la implantación del único modelo económico del período revolucionario que fue preparado *a priori* de forma integral; y segundo, porque durante parte de ese período se produjo un notable, si bien no espectacular, crecimiento de la economía nacional, en tanto en una segunda fase

—anterior a la crisis de los 90— se registró un estancamiento económico. El período 1975-1989 contiene así momentos definitorios (crecimiento y estancamiento) que en el contexto de un modelo único de crecimiento facilitan el análisis de los factores de la reproducción económica.

3. El problema de la eficiencia económica en una experiencia como la cubana es un tema complejo que admite un amplio debate. En gran medida, la baja eficiencia económica ha estado relacionada, entre otros factores, con el sostenimiento de importantes objetivos sociales como el pleno empleo. Sus efectos sobre la productividad del trabajo y la rentabilidad empresarial eran compensados por vía externa con una relación favorable y estable con los países socialistas, principalmente con la URSS, lo cual se asumía como parte de la lógica del funcionamiento del «sistema socialista a nivel internacional», donde a los países de mayor desarrollo les correspondía el deber de apoyar a los de menor desarrollo relativo. Sin pretender aquí extendernos en este debate, queremos dejar apuntado que las condiciones que permitían sostener esa situación desaparecen con el derrumbe del socialismo en los países europeos.

4. Véase Julio Carranza, «Cuba: los retos de la economía», *Cuadernos de Nuestra América*, CEA, La Habana, 1993; «Problemas y desafíos de los cambios económicos en Cuba», *Cuadernos de Nuestra América*, CEA, La Habana, 1994; «Cuba: las finanzas externas y los límites del crecimiento», en *Evolución de la economía cubana*, Centro de Estudios de la Economía Cubana, La Habana, 1997; Julio Carranza, Luis Gutiérrez y Pedro Monreal, *La reestructuración de la economía cubana: una propuesta para el debate*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1997.

5. Entre 1990 y 1993, el PIB se contrajo 32%, y las importaciones 76%. Véase CEPAL, *La economía cubana*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 2000.

6. «Entrevista a José Luis Rodríguez, Ministro de Finanzas y Precios», *Granma*, La Habana, 22 de noviembre de 1994.

7. *Ibidem*.

8. A partir de junio de 1994 se estabilizó la producción y comercialización de cigarrillos, producto cuyo incremento de precios fue el componente central del conjunto de medidas de desestimación monetaria adoptado por el gobierno cubano a mediados de 1994.

9. Oficina Nacional de Estadísticas, *Anuario Estadístico de Cuba 2001*, 2002, p. 122.

10. Banco Central de Cuba, *Informe Económico 1998*, 1999.

11. Una parte importante de la población urbana tiene que emplear la parte mayoritaria de su salario en el mercado liberado como un complemento imprescindible a la cuota que obtiene en el regulado. Véase *Granma*, La Habana, 23 de diciembre de 1998; *Juventud Rebelde*, La Habana, 3 de abril de 1998.

12. Oficina Nacional de Estadísticas, *Anuario Estadístico de Cuba 2001*, La Habana, 2002.

13. En mi criterio, el circulante pasivo representa un problema económico que no debe ser minimizado, en el caso de Cuba, por varias razones: primero, porque explica en gran medida las presiones inflacionarias que determinan niveles de precios en los mercados liberados que no guardan relación con los niveles de ingresos promedio de los trabajadores. Esos precios, luego de un período inicial de reducción, se han mantenido de manera sostenida a niveles muy altos en relación con el salario medio. El hecho de que haya limitaciones de oferta en esos mercados no puede explicar por sí solo los altos precios. Segundo, no existen barreras rígidas entre el circulante pasivo y el activo. En realidad, las variaciones en las cuentas de ahorro han representado una creciente fuente de

circulante activo. Tercero, el elevado grado de concentración de la liquidez acumulada representa una importante barrera a la necesaria ampliación de segmentos de mercados de actividad económica no estatal y, sobre todo, en ese contexto de desequilibrios, se haría altamente cuestionable desde una perspectiva socialista la apertura de nuevos espacios al sector privado, particularmente en materia de legitimidad e igualdad de oportunidades. En este último punto se hace muy clara la necesaria integración del proceso de desmonetización con otros componentes de un programa mayor de transformaciones de la economía.

14. El problema que plantea esta situación para una reestructuración socialista de la economía, es de naturaleza diferente que para aquellos que se mueven en un paradigma capitalista, para estos últimos, la concentración del ingreso no es un efecto negativo, se percibe como una fuente legítima y deseable de acumulación originaria de capital.

15. En nuestra opinión la opción más adecuada en 1994 habría sido un programa de desmonetización rápida. Ver Julio Carranza, Luis Gutiérrez y Pedro Monreal, ob. cit.

16. En este acápite seguimos lo planteado en un artículo escrito por el autor conjuntamente con Pedro Monreal: «Los retos del desarrollo en Cuba: realidades, mitos y conceptos», en *Cuba construyendo el futuro: reestructuración económica y transformaciones sociales*, Editorial El Viejo Topo, Madrid, 2000; también en *Temas*, n. 11, La Habana, 1998.

17. Numerosas evaluaciones del período fueron elaboradas como documentos de uso restringido, en particular las preparadas por investigadores del Instituto Nacional de Investigaciones Económicas (INIE).

18. El indicador de efectividad de los gastos materiales utilizado por algunos autores es la densidad material del Producto Social Global (PSG), calculada como el cociente del consumo material productivo y el PSG, ambos en términos reales de 1981.

19. Véase Rogelio Torras e Ilieva Ilizástegui, «Potencialidades de un balance intersectorial intercomplejo en las proyecciones a largo plazo en Cuba», *Cuba. Economía Planificada*, a. 3, n. 3, La Habana, julio-septiembre de 1988.

20. CEPAL, ob. cit.

21. Véase Julio Carranza, Luis Gutiérrez y Pedro Monreal, ob. cit.

22. Véase «Entrevista a Carlos Lage, secretario del Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros», *Trabajadores*, La Habana, 1 de enero de 2000.

23. Véase Julio Carranza, Luis Gutiérrez y Pedro Monreal, ob. cit., caps. 3 y 4.

24. En la reunión de balance del año 2000, del Ministerio de Economía y Planificación, el secretario del Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros alertaba sobre el peligro del incremento del circulante a partir del crecimiento de las actividades presupuestadas y sobre la necesidad de cuidar el equilibrio de las finanzas internas. Véase *Granma*, La Habana, 14 de febrero de 2001, p. 3.

25. CEPAL, *Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, 2000.

26. Ahora habría que añadir a este inventario de dificultades, las consecuencias económicas, aún difíciles de prever, de los recientes ataques terroristas en los Estados Unidos y la respuesta militar de ese país.

27. La Resolución Económica del V Congreso del PCC expresa: «La eficiencia es, por tanto, el objetivo central de la política económica pues constituye una de las mayores potencialidades con que cuenta el país», *Granma*, La Habana, 7 de noviembre de 1997.

28. La Plataforma Programática aprobada en el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, efectuado en diciembre de 1975, expresó que «la tarea central de los planes de desarrollo y fomento de la economía nacional a partir del próximo quinquenio 1976-1980, será la industrialización del país». *Plataforma Programática del Partido Comunista de Cuba. Tesis y Resolución*, Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, La Habana, 1976.

29. Para un análisis extenso sobre el impacto de las remesas familiares en la economía cubana, véase Pedro Monreal, «Migraciones y remesas familiares: notas e hipótesis sobre el caso de Cuba», www.futurodecuba.org.

30. Oficina Nacional de Estadísticas, ob. cit., Balanza de pagos, p. 130. Aunque la cifra es presentada como parte de una partida más general de transferencias corrientes, corresponde esencialmente a remesas familiares.

31. Acerca de las opciones de desarrollo para Cuba en el contexto de la globalización, se está culminando un estudio para ser publicado próximamente, donde se presentan en extenso las complejidades y alternativas de este proceso, realizado conjuntamente por el autor con el Dr. Pedro Monreal, profesor del Centro de Investigaciones de la Economía Internacional de la Universidad de La Habana. Este acápite sigue parte de las reflexiones correspondientes a ese estudio.

32. En este sentido es muy interesante la experiencia de varias economías del sudeste asiático, cuyo mayor éxito ha sido precisamente su inserción ascendente en cadenas productivas globales. Aunque existen notables diferencias entre esos países y Cuba también se pueden encontrar elementos comunes, referidos a la calificación de la fuerza de trabajo y al lugar de liderazgo que ha ocupado el Estado en la conducción de los procesos económicos, distanciándose de las exigencias de los organismos financieros internacionales.

33. Una reflexión en extenso sobre este aspecto puede encontrarse en Julio Carranza, Luis Gutiérrez y Pedro Monreal, ob. cit.

34. Las ideas que he sostenido en este artículo pertenecen exclusivamente al autor y no comprometen a ninguna institución.